

Dec 1°, 1959



Manuel Poblete y Carla Cristi en una de las mejores escenas de "Dos más dos son cinco": el marido disfrazado de explorador, que trata de seducir a su propia mujer.

CRITICA TEATRAL

"DOS MAS DOS SON CINCO"

La calidad de una obra de teatro ha de determinarse en la medida que ella satisface sus objetivos. Muchas son las piezas que fracasan por la ambición que encierran, y de ahí que no pueda menos que ser recibida gratamente una comedia simple y liviana que consigue su propósito de entretener al espectador. Tal es el caso de "Dos más Dos son Cinco", que firma Isidora Aguirre.

La trama de la comedia es simple. Recabarren, que ha adquirido en los Estados Unidos ese respeto ingenuo que allí se tiene por las estadísticas, convence a su amigo José que, necesariamente, pasa por una etapa difícil en su vida matrimonial. Las estadísticas aseguran que su mujer o lo engaña o está a punto de hacerlo. Surgen los celos y la comedia se desenvuelve en un plano de equívocos.

El mérito de Isidora Aguirre es haber creado una trama simpática y atrayente, llevada a través de un diálogo eminentemente teatral. Los personajes y el lenguaje están —con excepciones que señalaremos luego— al servicio de la situación de comedia que ella ideó. Hay una escena que es todo un hallazgo: la que se desarrolla en el segundo acto en que José se disfraza de un primo suyo, que se dedica a cazar leones en Africa, con el objeto de probar la fidelidad de su mujer. Trata de conquistarla, y, cuando ella está a punto de ser seducida, la verdadera personalidad del marido se rebela. Logra su objetivo conquistador, con lo que su vanidad masculina se halaga, pero, a su vez, siente la humillación de observar que su mujer está dispuesta a engañarlo... ¡aunque sea con él mismo! Hay aquí un sutil juego de sentimientos, que está excelentemente trazado. No dudamos en calificar esta escena como lo mejor salido de la pluma de Isidora Aguirre.

Pero esta gracia que emana directamente de las situaciones, tiene sus altibajos a lo largo de la obra. Ellos provienen del personaje de la empleada y del de Pupi, trazados ambos con tintes farsescos, que rompen la unidad de la comedia. Su comicidad reside en el mal uso de palabras y en una convencional caricatura de tipos. Las intervenciones de ambas toman, en algunas ocasiones, las apariencias de "sketches" desconectados de la pieza.

Pero estas objeciones no logran desmerecer en grado ostensible la simpatía y gracia de esta comedia que entretiene durante gran parte de su desarrollo. Sólo faltó una mayor rigurosidad en la selección de los elementos, y una mayor capacidad de síntesis que restringiera la exposición —excesivamente elaborada— y el desenlace que demora más de la cuenta en llegar.

La interpretación tuvo sus elementos destacados en la pareja central. Manuel Poblete ha adquirido una plausible desenvolvimiento y una calidad de comediante que, en momentos, luce con extraordinaria pericia. Su escena del segundo acto es memorable. Carla Cristi demuestra que está en vías de convertirse en una muy buena actriz. Luce elegante, versátil y aplomada. Su simpatía escénica se irradia fácilmente. Tiene, sin duda, eso que los cómicos españoles llaman tan gráficamente "ángel".

A Jorge Quevedo le correspondió personificar a un personaje más opaco. Su interpretación tiene el sello de sobriedad que caracteriza a este actor, pero le faltó mayor vitalidad. Cuando Quevedo está en escena, la comedia decae un tanto en su ritmo, por la parsimonia del actor en el hablar. Yoya Martínez e Irene Domínguez interpretan los dos personajes de ribetes farsescos que atentan contra la unidad de la comedia. Sus actuaciones contribuyen a acentuar más aún la caricatura.

La dirección de Charles Morris estuvo muy acertada. Supo dar ritmo a una comedia que, a veces, peca por un diálogo excesivo, infundiendo a los actores un accionar escénico dinámico y no exento de sutiles toques de humor.

La escenografía de Peter Sinclair revela buen gusto y una adecuada solución de los problemas de acción que la pieza plantea. Sólo cabría insinuar que la elegancia del departamento no corresponde a lo que se puede permitir un funcionario de una caja de previsión como es el protagonista. Y yo soy una autoridad para decirlo. Trabajo en una caja de previsión.

SERGIO VODANOVIC.